

ALFABETURA POPULAR



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 1.º de Marzo de 1884.

NÚMERO 21.

EL TROZO DE VIDRIO.

—):—

D. Rufino Miseria tenía setenta y ocho años, y de los setenta y ocho había pasado sesenta juntando riquezas y más riquezas, tanto que había llegado á ser uno de los más afamados capitalistas de su país.

Hijo de una familia pobre, su economía en un principio, su avaricia despues y su miseria siempre, habían sido el factor único de su caudal.

Cuando nada tenía recogía puntas de cigarro y cerillas apagadas, cuando pudo más, recogió ochavos morunos, sin dejar de recoger cerillas, y cuando le sonrió la fortuna recogió onzas de Carlos III, sin perjuicio de continuar recogiendo las cerillas y los ochavos.

Don Rufino era, pues, una verdadera urraca.

Pero vamos al caso.

D. Rufino tenía un amigo; es decir, se había permitido tener un amigo allá en sus mocedades, cuando el hombre no sabía lo que se hacía; porque en cuanto lo supo precindió en absoluto de toda clase de amistades, que, según decía, eran ocasionadas á vicios, para consagrarse exclusivamente á sus negocios: tal era el nombre con que D. Rufino bautizaba sus usuras del mil por uno y sus colectas de cajas de fósforos vacías, agujas despuntadas y demás valores al portador.

Un día, despues de larguísima ausencia, se le presentó el amigo. Hacía cincuenta y pico de años que D. Rufino no le había visto, por lo cual consideró que no había ningun perjuicio para sus intereses en darle un abrazo y se lo dió, si bien con la correspondiente prudencia para evitar estemporáneas intimidades.

—Que es de tu vida, mi buen Rufino? Esclamó el recién llegado.

—Chico, la he aprovechado lo que he podido y si bien he pasado grandísimas amarguras, afanes y sacrificios, la verdad es que hoy puedo mostrar con orgullo el fruto de mis desvelos.

—¿Eres rico?

—Calla, no levantes la voz, pues no están los tiempos para hacer alardes de riqueza; pero de algo ha de servir nuestra amistad. Ven mañana que quiero enseñarte mis ahorros.

Al día siguiente, llegado Lorenzo, que así se llamaba el amigo, á casa de D. Rufino, despues de cerrar y abrir muchas puertas, condujole éste, por una oscura escalera, á un húmedo sótano, más oscuro aún, donde las arañas y los miriápodos hacían eterna y tranquila compañía, á un inmenso arcon de hierro cubierto de candados y cerraduras.

—Espera que encienda, dijo D. Rufino dándose á buscar un poco trémulo por los raidos bolsillos de su indefinible sayo una

caja mugrienta que contenía algunos fósforos con cabeza entre otros muchos que ya se habían utilizado.

Encendió D. Rufino, comunicó la llama diminuta á un cabito de vela y empezó á luchar con el monstruo de las cien cerrajas para ponerlo en condiciones de que permitiese alzar su enmohecida tapa.

Levantola, por fin, un esfuerzo de la débil y temblorosa mano del avaro, ayudado por la más robusta de su amigo, y apareció á los ojos de ambos un inmenso montón de oro.

Habría observado el lector que al primer rayo del sol se alegran los pájaros y le sonrien á su manera, cantando dulcemente. Pues bien; otro tanto le sucedió á D. Rufino al dar en su apergaminado rostro el reflejo de sus antiguas monedas, cuya fecha de acuñación sin duda conservaba en la memoria.

Si no sonrió, porque los avaros llegan á perder la facultad de sonreír, á lo menos gruñó algunas frases de satisfacción que en él eran todo un poema.

—Ya ves, Lorenzo, lo que puede la constancia, dijo D. Rufino. —¿Vés estas onzas? Son inglesas, pero de oro excelente. Fué una acuñación que se hizo en 1656. Estas son moneditas de veinte y un cuartillo; me gustan por su buena ley. Pues ¿y estos cubos de barra? ¿Hay nada más hermoso que los cubos de barra?

—Hombre, en efecto: esto es un tesoro que espanta á cualquiera, exclamó Lorenzo... pero no á mí.

—¿Cómo es eso?

—Porque yo soy tan rico como tú.

—¿Dé veras, Lorenzo? Hombre me alegro, dijo D. Rufino que ya casi estaba arrepentido de aquella bajada al sótano por las consecuencias que pudiera traer, si su amigo llegaba á verse en alguna necesidad.

—Me alegro, hombre, me alegro, repetía con su acostumbrada pesadez; pues hasta en la conversación había adoptado el sistema de llenar los huecos con repeticiones de palabras vacías, para no decir nada y salir del paso.

—Vaya, tu también hombre; me alegro, me alegro.

Y es verdad que se alegraba, porque á los avaros les pasa lo que á los enamorados, que quisieran que todo el mundo tuviese novia, para de este modo tener más segura la suya.

—Sí, insistió D. Lorenzo, cuando menos tan rico como tú, y deseo corresponder á tu confianza, enseñándote también mi caudal. Te espero pues mañana á esta hora.

No faltó D. Rufino á la cita.

Deseaba ver el tesoro de su amigo, extrañándose por cierto de que lo hubiese llegado á reunir en medio de su borrascosa vida militar.

No gastó tantos preámbulos D. Lorenzo para mostrar su tesoro, como había gastado D. Rufino.

Llevó á éste á una habitación, sacó una llave, abrió un magnífico armario de nogal y...

—¿Que es esto? dijo D. Rufino.

—Mi caudal, hombre, ¿no lo ves?

—¿Qué caudal ni qué calabazas? exclamó el avaro. Yo aquí no veo más que tiestos.

—Claro está que son tiestos. Pero fijate y verás que cosa tan buena. Aquí tienes todos éstos que proceden de una vagilla inglesa que un criado muy bruto le rompió á un vecino mio. ¡Una gran cosa! Estos otros son trozos de vidrio; casi todos proceden de cascotes de gaseosas. No así esta otra magnífica colección que ves aquí en la primera leja. Son culos de vaso del mejor cristal alemán; pueden garantizarse. ¿Pues y la sección de barro sin barnizar? añadió D. Lorenzo haciendo ademán de tirar de un gran cajón lleno de jarras rotas.

—No te molestes, no; dijo D. Rufino, sin saber que camino tomar, persuadido de que su amigo había perdido por completo la cabeza. No te molestes, hijo mio; conozco ese género, aunque no lo he coleccionado nunca.

—Pues has hecho muy mal, porque es artículo que vale tanto como tus mejores peluconas.

—Pero hombre, exclamó D. Rufino no pudiendo ya contenerse; ¿has perdido el juicio? Vuelve en tí Lorencito; ¿no ves que eso son tiestos?

—Y de los más finos, replicó el granuja del retirado.

—Pues entonces, ¿cómo dices que valen tanto como mis monedas de oro?

—Me he equivocado; valen más.

—No te entiendo, Lorenzo.

—Pues es muy fácil. ¿Cuánto tiempo tienes en el arca tus onzas de oro?

—Las primeras son del año once, del año del hambre. Me costaron tanto trabajo el recogerlas, que las metí en un canuto de hojalata y las extañé. Son cincuenta justitas, todas de peso cabal. Les puse su rotulito.

—¿De qué te han servido desde entonces?

—Hombre, yo te diré...

—Lo diré yo antes: de nada. Mejor dicho, de congoja. ¡Cuántas veces te habrás levantado á media noche y habrás sacrificado tus mejores fósforos sin cabeza, por darles una vuelta á ver si se habían movido de su sitio! Es decir, que las tales onzas, te costó hambre el recogerlas y te ha costado desvelos el guardarlas. Total: que en vez de servirte ellas á tí, las has servido tú á ellas; y como lo que no sirve no vale, resulta que tus onzas no valen nada.

—Mira en cambio este fondo de orinal. ¡Oh! si supieras los grandes servicios que me ha prestado durante muchos años! ¡Pobrecillo! Hoy está jubilado á consecuencia de una herida recibida en campaña. ¿No es más justo que yo conserve este fiel servidor, que tanto bien me ha hecho, que el que tu guardes tus monedas, que de nada te han servido? Mira, mira este culo de vaso.

—¡Basta! exclamó D. Rufino; no sigas, porque si me has de contar la historia de los servicios de cada tiesto, hay para rato.

—En cambio, tu tienes muy poco que contar de tus riquezas.

—Son valores reales y efectivos que en su día podrán aprovecharme.

—Para pagar tu entierro.

—No tengo más que setenta y cinco años, exclamó ya picado D. Rufino, y aunque soy solo y tengo hoy pocas necesidades, nadie sabe lo que puede sucederme el día de mañana.

—¡Desdichado! exclamó D. Lorenzo; me has llamado loco y... ¿quien más loco que tú? ¡Quien sabe si en este momento están contados tus días y va Dios á pedirte cuenta de tu vida de ladrón pacífico.

—¿Es para insultarme para lo que me has traído á tu casa? Está visto que no hay amistad que no sea peligrosa, exclamó D. Rufino algo convulso, dirigiéndose á la puerta de la habitación para marcharse; pero de pronto quedó como clavado en su sitio.

Acababa de oír un ruido que su oído experto no podía confundir con otro en los tiempos de revolución en que ocurrían los sucesos que narramos.

—Ya se ha armado, dijo D. Rufino palideciendo; esto no es vivir, y escapó como un gamo, mientras D. Lorenzo se lanzaba al balcón á ver lo que pasaba.

En efecto; se había armado, como decía el avaro. Acababa de entrar en aquel momento una partida de sublevados, que, al grito de no sé qué, recorrían las calles de la población publicando un bando draconiano, para que en el término de tres horas les entregase la población una cantidad fabulosa que decían ellos era necesaria para llevar á efecto su patriótica misión de salvar al país echando abajo al gobierno constituido, y poniéndose ellos en su lugar.

D. Lorenzo, muy tranquilo, como hombre en quien hacían poca impresión tales cosas, se entró en la habitación y se sentó en una butaca á echar un cigarro.

No habían trascurrido treinta minutos, cuando penetró en ella D. Rufino, pálido como la muerte, pidiendo socorro.

Los sublevados acababan de dar con el arcon y sacar de su sitio las peluconas del año once.

No habían respetado ni los de veintiuno y cuartillo.

—Socorro! repitió el señor Miseria, cayendo desplomado en una silla.

En esto empezaron á oírse en la calle un inferno de tiros producidos por el encuentro de los sublevados con unas fuerzas de la guardia civil.

—Socorro! repitió de nuevo el avaro; que me sangren al momento, ó dentro de breves instantes soy víctima de la apoplejía.

—Eso es lo grave, exclamó D. Lorenzo; no se puede salir á la calle. No tengo encima ni un cortaplumas. ¡Ah! qué idea.

Y se dirigió al armario.

Acababa de ocurrirle el único medio de salvación, cual era sangrar al anciano con un trozo de vidrio.

Pensarlo y practicarlo fué obra de un instante.

El viejo avaro había doblado la cabeza al peso de la congestión próxima.

Rota una vena empezó á fluir la sangre, restableciendo sus facultades y salvándole la vida.

Cuando el avaro abrió los ojos, miró á su alrededor.

D. Lorenzo, en pie, delante del lecho, limpiaba cuidadosamente el trozo de vidrio que había servido para la operación.

—¿Qué haces, Lorenzo? exclamó el enfermo.

—¿No lo ves? Limpiar esta alhaja para colocarla en su lugar.

El viejo comprendió entonces toda la filosofía de aquella respuesta y bajó los ojos preñados de lágrimas.

—Ya ves exclamó su amigo, de qué te ha servido á tí tu tesoro y de lo que ha servido el mio.

D. Rufino no contestó.

Al día siguiente no teniendo otra cosa que dar dió á los pobres hasta las colas de cigarro.

Y obró así porque había aprendido que el afán de las riquezas en vez de hacer á los hombres más libres y felices los hace más esclavos y desgraciados y que para salvar á un hombre puede más la Providencia con un trozo de vidrio que el hombre mismo con todos los tesoros del mundo.

No olviden esto los pobres, antes tengan presente, aquello que dice el Evangelio, de que *al que busca el Reino de Dios y su justicia todo lo demás se le dará por añadidura*, es decir, que al que camina por la senda del bien aunque sea pobre no han de faltarle jamás medios de salvación.

LA HEROINA DE LOS ALPES.

—):(—

El deseo de explotar la curiosidad aún á trueque de corromper el corazón, ha puesto muy en boga la publicación de sucesos espeluznantes que siendo en su mayor parte horribles crímenes, dejan en el ánimo del lector profunda huella de desaliento y de tristeza. El periodismo mercantil no ignora el daño que esto hace al pueblo, pero sigue adelante en su empresa lucrativa.

¿Qué le importa que el pueblo se perjudique, con tal que gane mucho dinero? Olvidado tiene á fuerza de saberlo, que así como el perfume que exhalan las virtudes levanta el corazón de los hombres, impeliéndoles á imitarlas, así el pernicioso ejemplo de esos crímenes asquerosos, pintados con vivos colores, corrompe y envenena, produciendo en el alma un frío indiferentismo que suele acabar por desmoralización y aún por el delito.

¿Más qué importa? repetimos. ¿Se gana dinero? Pues adelante.

Este es el criterio de ciertos hombres.

Contra ese infame tráfico que las autoridades consienten como mengua no solo de la moral, sino hasta del sentido común, nosotros queda á los pequeños otra cosa que levantar nuestra débil voz, y oponer al torrente devastador siquiera sea un pequeño guijarro.

Después de todo, si se opusieran muchos, se formaría un muro que al fin serviría de dique.

Deduzcan de aquí los católicos cuán punible es la indiferencia de los que permanecen hoy con los brazos cruzados.

Por eso, LA LECTURA POPULAR aprovechará las ocasiones que se le presenten de publicar cuantos rasgos heroicos conozca, y se presten por sus circunstancias á impresionar gratamente el corazón del pueblo, animándole á sostener las rudas batallas de la vida abrazado á las banderas del bien y de la virtud, que son las únicas banderas del progreso.

Ya que se derrama el mal á torrentes, hagamos el bien aunque sea á gotas.

En otro lugar verán nuestros lectores un hermoso hecho recientemente ocurrido en la Coruña. Ahora insertamos con gusto á continuación, otro sucedido hace algunos años, y que demuestra hasta donde llegan las fuerzas del alma y la protección que Dios dispensa á los que le aman.

Hélo aquí.

Durante las guerras sangrientas que tuvieron lugar entre la Francia y las potencias aliadas, los habitantes de los Alpes abandonaban sus valles para sustraerse al furor de sus enemigos que desolaban el país y hasta arrebatában con frecuencia las mugeres y las niñas jóvenes; pero los soldados bárbaros las perseguían hasta en sus asilos más retirados. Uno de ellos, más feroz aún que sus compañeros de armas, tuvo la crueldad de matar á un padre porque se atrevía á defender el honor de su hija. Esta joven doncella horrorizada y toda cubierta de la sangre de su desgraciado padre que acababa de morir por ella, se entrega inmediatamente á la fuga al través de las montañas.

A la vista de la joven espantada y salvando con pié ligero las agudas puntas de las rocas, otros soldados vuelan á perseguirla: ya están cerca de ella... ya van á cogerla... cuando la heroica niña, llegada á la cima más elevada del monte, se detiene, mide con la vista la profundidad del precipicio que solo puede garantirla de los insultos de los bárbaros, levanta los ojos al cielo y exclama: *Madre de piedad, Virgen sin mancha, ¡Socorredme!* y al mismo tiempo se precipita en el fondo del abismo.

Asombrados á su vez los soldados, se acercan al parage en que la joven ha debido estrellarse contra la roca; más ¡oh prodigio! la ven de rodillas, las manos juntas, los ojos levantados al cielo, dando gracias á *Nuestra Señora del Buen Socorro* que la ha protegido de un modo tan milagroso en tan inminente peligro. Á vista de esto los soldados, impelidos por una fuerza omnipotente, se prosternan, implorando el perdón de su delito, publican en todo el ejército la asombrosa maravilla de que han sido testigos, y á contar desde ese día los enemigos cesaron de ejercer sus horribles vejaciones en los países por donde pasaron.

La tierna virgen, después de haber dado gracias á la Madre de Dios que la había protegido tan visiblemente, fué á buscar un refugio en el campamento de los franceses, quienes habiendo sabido su milagrosa preservación, la tomaron bajo su salvaguardia y formaron el proyecto, para perpetuar tan grande beneficio, de elevar un altar á la Reina de los Angeles, en el mismo lugar en que había sido milagrosamente salvada la tierna doncella.

Esta se hizo un deber de consagrar á Dios la vida que tan milagrosamente le había conservado; vendió su patrimonio, y de su producto hizo construir una pequeña ermita, en la cual pasó el resto de sus días en la penitencia y en el ejercicio de las obras de piedad.

UN JÓVEN COMO HAY MUCHOS.

FÁBULA.

A un mancebo un anciano preguntaba
Y el anciano al mancebo respondía
Lo que voy á contar; pues que pasaba
El caso, un viérnes, á la vera mía.

—«¿Y qué piensas tú ser?»—

—«Seré abogado;

Que es carrera de lustre y de provecho.»—

—«¿Y después?»—

—«Periodista y diputado,

Pues tengo buena labia y mucho pecho.»—

—«¿Y después?»—

—«Tocaremos el registro,

Que en las altas regiones tanto ayuda,

Y, en hallando ocasión, seré ministro.»—

—«¿Y después?»—

—«Millionario. ¿Quién lo duda?

Hacerme rico sin tardanza espero;

Que es muy triste vivir en apreturas.»—

—«¿Y después?»—

—«Daré suelta á mi dinero

En palacios y coches y aventuras.»—

—«¿Y después?»—

—«Seré conde; según pienso,

Ó marqués, y gran cruz, lo que es muy grato.»—

—«¿Y después?»—

—«Disfrutando del incienso

Brillaré entre la pompa y el boato.»—

—«¿Y después?»—

—«Sonriéndome la suerte,

Luengos años veré gozando en calma.»—

—«¿Y después?»—

—«Ya... después... ¡oh Dios! la muerte.»—

—«¿Y después.»—

—«¿Qué hay después?»—

—«Perder alma!»—

Es la pena que aguarda al majadero
Que, en esa Babilonia á que tú aspiras,
Se olvida de buscar á Dios primero,
Ajustando á su ley todas sus miras.
¿De qué sirve lucrar el mundo entero,
Si el alma pierdes, si en pecado espiras?
—«¡Ay, basta! (el joven replicó al anciano)
Entiendo la lección; no será en vano»

(Fábulas ascéticas)

UN ACTO HERÓICO.

Ván siendo tan raros en los tiempos que corremos los actos de abnegación heroica que no puede uno menos de aplaudir con entusiasmo el primero que se presenta á nuestros ojos cansados de contemplan tanto egoismo.

Hé aquí como refiere un periódico de Galicia la salvación de unos niños á quienes las olas del mar habían arrebatado en las costas de la Coruña, junto á un muro de la ciudad.

El primer niño salvado lo fué por el paisano José Iglesias, que valerosamente descendió la muralla, descolgándose luego por una cuerda, y subiendo luego con el que iba á ser victima de las olas.

Desde este momento se hizo humanamente imposible otro auxilio que el que podía prestarse arrojando cuerdas á los que eran juguete del mar embravecido; pero las pobres criaturas ni fuerzas tenían para asirse de ellas.

Con todo, un soldado del banderín de Ultramar se arrojó á prestarles auxilio, pereciendo en su noble intento, y su cadáver fué arrastrado por el mar.

La ansiedad, y casi podemos decir la desesperación, de los que tenían que ser meros espectadores, era inmensa.

En este instante se vió á un soldado sanitario despojarse del capoto y pedir una cuerda.

Todos sus compañeros y los presenciadores se opusieron á este intento que calificaban de locura; pero él no escucha, ya que le son negadas las cuerdas, comienza á descender por las grietas del muro.

Entonces se le da una cuerda, con la cual llega hasta las peñas, en donde da principio á la heroica lucha. Sorteando los golpes de mar, como si con ellos estuviese familiarizado, avanza saltando de peña en peña con agilidad pasmosa, y dobla, en el intermedio de dos enormes olas, la batería del presidio.

Sobre aquellas peñas donde fueron arrebatadas las víctimas, espera el momento oportuno, y cuando divisa dos cuerpos sobre una ola, se arroja á ella decididamente y logra cogerlos; pero el golpe de resaca los arrastra y le arrebató uno, pudiendo á duras penas sujetarse á los peñascos de la orilla con el otro que aún llevaba consigo, cuando otro golpe de mar los envuelve; se agarran, luchan y pueden otra vez asirse á las salientes de las peñas. Ya no era posible salvar al infeliz que se había sumergido, visto lo cual, huye llevando en sus hombros á Emilio Chicharro.

Los espectadores le vieron venir sereno y ágil con su carga y doblar otra vez la esquina de la citada batería, aprovechando los intervalos de las olas y echándose al suelo cuando no podía huir. Ya al pié del muro por donde debía subir, se esfuerza en atar al niño con una cuerda que le arrojan, pero esta no llega para atarlo, y un nuevo golpe de mar lo sacude contra el muro; los dos se agarran á la cuerda; más exhaustas sus fuerzas, ésta se escapa de sus manos, y desaparecen otra vez en el abismo. Un grito de angustia sale de todos los pechos, y luego otro de esperanza al verlos aparecer entre las rocas blancas de espuma.

Pero están separados y todos gritaban:—Sálvate tú, Basilio.—Mas éste vuelve á coger el muchacho, y otra vez luchando y destrozándose las manos en las peñas, ora sumergidos por la fuerza del agua, llega á la cuerda, con que ata al niño, que fué izado inmediatamente.

Aún otro golpe de mar arrojó á Portela por tercera vez contra el muro y se lo llevó en su retirada, y otra vez éste salvó la vida agarrándose á las salientes de las piedras; pero ¡á costa de cuántos golpes y temibles espumas! Por fin pudo á su vez atraerse ¡y era tiempo! pues al llegar arriba estaba casi exánime.

Lo más hermoso de este rasgo de abnegación, es que el virtuoso Portela se ha negado á recibir la recompensa que le ha ofrecido una persona como premio de su virtud.

Ha hecho bien. Las grandes virtudes, solo Dios puede premiarlas.

ROSAS SIN ESPINAS.

Fragments de una bellissima poesia de la Infanta D.^a PAZ.

Hay rosas en el mundo sin espinas
 Mas tambien sin olor,
 Que gustan por sus hojas purpurinas,
 Como cualquiera flor.
 Tambien aunque parezca un imposible,
 Hay almas sin dolor
 Que viven una vida indefinible,
 Que no sienten amor;

 Que así cual las espinas á las rosas
 Dan fragancia mejor,
 Tambien hace á las almas más hermosas
 El llanto y el dolor.

LOS DOS LABRADORES.

Copiosas lluvias han caído durante el invierno sobre nuestros campos, y el grano de trigo arrojado en ellos por mano del labrador, se ha convertido en gracioso tallo que, cubriendo la tierra le dá el aspecto, de una verde y mullida alfombra. El labriego recorre la heredad que cultiva, y se alegra; pues mira en lontananza esos tallos transformados en lozanas plantas y parecele ver á éstas coronarse de doradas espigas; pero observando atentamente, descubre gran número de maías yerbecillas que acá y acullá nacen entre el sembrado y que intentan á traición hacerse dueñas del campo.

—¡Ah! exclama el labrador, si es indolente, sin duda mi descuido en años anteriores ha dado tan funestos resultados; dejé de arrancar á su debido tiempo alguna de esas nocivas plantas; descuidadas, crecieron; crecidas, dieron abundante semilla, que, diseminada por el suelo, ha convertido mi campo en erial de maleza. ¿Qué hacer pues? ¿Cómo arrancar de raíz tanta zizaña? No me siento con fuerzas para emprender tan impropio trabajo: las dejaré por ahora; mas tarde me animaré con afán y las perseguiré hasta hacerlas desaparecer del todo.

Con esta confianza las descuida y posesionándose del terreno, impiden el desarrollo del sembrado, que luego se marchita y perece.

No obra así el labrador laborioso; quien al ver nacer las yerbas, sin temor á sabores ni á fatigas, coge sin dilación el escardillo y comienza á arrancarlas sin descanso, hasta dejar completamente inopia su heredad, en la que vé crecer rápidamente los sembrados que al fin le proporcionan rica cosecha.

¿Cuál de estos dos labradores hizo bien? ¿No te parece, mi querido lector, que es el segundo, quien obtuvo por un poco de trabajo un premio tan precioso?

Pues el ejemplo del labrador prudente deberíamos seguir con relación al vastísimo campo de nuestra alma. En tiempo oportuno ha recibido ésta el grano de la sana doctrina, y lluvias abundantes de gracias descendieron sobre ella; pero tambien se observa entre la hermosa planta de la virtud, no pocos retoños de vicios y defectos que, de no cortarse, invadirán el campo por completo. Y, ¿qué harémos nosotros? Cruzarnos de brazos, como el primero, con peligro de hacer infructuosos los desvelos del dueño celestial? De ningún modo; porque tal abandono daría por resultado la pérdida del alma: debemos por el contrario como el buen labrador, tomar en nuestra mano el escardillo para arrancar de raíz tanta zizaña. ¿Y que tiempo más á propósito que el de la Santa Cuaresma? ¿Y qué escardillo más eficaz que el ayuno, la meditación y la penitencia?

Reflexionemos seriamente en las verdades que en estos días se nos recuerdan; mortifiquemos nuestras pasiones; y sobre todo, vayamos presurosos, como hijos verdaderos de la Iglesia, al santo tribunal de la penitencia, único puerto para los que naufragamos por la culpa, y arma la más poderosa para cortar de raíz las malezas de nuestros pecados, y limpio de este modo el campo de nuestra alma, podemos confiadamente esperar que cuando llegue la época de la siega, que es la hora de la muerte lograremos presentaral dueño soberano, nuestro Dios y Señor, una abundante cosecha, de méritos y de virtudes.

PENSAMIENTOS.

Nadie descansa tranquilo sino aquel á quien nada reprende su corazón.

Los malos jamás conocen la verdadera alegría ni gozan de paz interior, porque la paz no se hizo para los impíos

Ten buena conciencia y estarás siempre alegre, no solo en los días de la prosperidad, sino tambien en medio de las mayores adversidades.

LA LECTURA POPULAR. PUBLICACIÓN CATÓLICA QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS. CON CENSURA ECLESIASTICA.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y cuartos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó bien deja su distribución al arbitrio de esta Administración para que la haga en las aldeas, huertas, caserios, fábricas, establecimientos penales etc. Es pues una verdadera obra de caridad al alcance de todo católico celoso, que tenga interés en contribuir por su parte á contrarrestar la perniciosa influencia que hoy está ejerciendo el periodismo impio y escandaloso entre las clases más pobres, y por tanto más necesitadas de la luz y de la verdad.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2 50
Un cuarto id.	1	1 25

Por medio de correspondencia 25 céntos. de peseta más por acción.

Corresponsales: en Madrid, Administración de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo. En el resto de la Península, todas las librerías católicas.

En Cuba, M. Fuentes y Comp. Librería «La Historia» Remedios. La correspondencia á la Dirección de este periódico calle de Bellos, num. 2.